Agustina partió para Rennes. Nada habia preparado: iba á probar de nuevo las maravillas que se habian obrado ya en su presencia. Su primer cuidado no fué el de recoger dinero, sino el de buscar pobres. Se instaló interinamente en un pobre local de un arrabal lleno de tabernas y figones. Allí, como en todas partes, se encontraron vivas simpatías y un poco de auxilio. Es uno de los caractéres propios de las Hermanitas recibir toda especie de limosnas; las mas humildes son tan preciosas, y á veces tan dulces, como las de mas valor. Contábase, no obstante, con las últimas hasta el punto de no titubear en adquirir una casa en Rennes. Cuando abandonaron el barrio en que se habian alojado provisoriamente, los soldados que frecuentaban las tabernas de que hemos hablado, ayudaron á trasportar las viejas, que ya se habian recogido.

«Para sostener esta nueva fundacion, la buena madre María Agustina, que ya podemos llamar la Superiora general, dejó las cuatro Hermanitas que habia hecho venir de San Servando. Al dejarlas se llevó de Rennes dos postulantas. Bien se comprendió lo que esto significaba: habia allá, en efecto, como un diálogo entre las Hermanitas y la Divina Providencia.

«Por esto fueron fácilmente acogidas las proposiciones de Dinan, pequeña ciudad de la diócesis de San Brieuc, cuyo alcalde creyó hacer un acto de buena administracion dotando aquel pueblo con un hospicio de viejos, sin gravar los fondos municipales. Se ve que se trata de una poblacion de Bretaña, donde con tanta dificultad penetran el progreso y las luces, y no en todos tiempos se le hubieran ocurrido á un alcalde semejantes pensamientos.

«Obtenido el permiso de los párrocos de la poblacion y la aprobacion del señor obispo de San Brieuc, llegaron á Dinan las Hermanitas. Allí, como en Rennes, su primer cuidado fué el de instalarse interinamente en un local que habia ántes servido de cárcel; local húmedo é infecto, por debajo del cual pasaban las cloacas de la poblacion, despidiendo miasmas que se habian creido insoportables y peligrosos para los presos. Las Hermanas no se arredraron, sino que destinaron el aposento mas sano para los viejos, y se quedaron con lo restante. Es costumbre suya reservar para sus huéspedes lo mejor, conforme exigen la caridad y el voto de hospitalidad. Esta antigua cárcel presentaba ademas la particularidad de que las puertas se cerraban todas por la parte de afuera, y era imposible encerrarse en ella.

Las Hermanitas tuvieron, pues, que dormir durante muchos meses bajo la salvaguardia de la

pecialmente en los alrededores de Paris: este astro, dicen, hace nacer el trigo y madurar la uva; todo sonrie cuando él aparece, todo sufre y muere cuando se oculta; es la fuente del calor, de la vida y de todo bien, y no hay otro Dios que él.

«Este Dios es cómodo, por otra parte, y no exige un culto pesado, permitiendo ademas que los hombres se entreguen á sus pasiones, á sus placeres y á todas sus torpezas. Las Hermanitas tienen mucho que hacer para levantar á estos pobres séres á la dignidad de criaturas racionales, capaces de conocer, de amar y de servir al verdadero Dios. Más de una vez estarian á pique de perder la esperanza, y más de una vez dando sus consejos, reprimiendo los vicios, y especialmente la borrachera, que es el que mayormente han de combatir, han sufrido malos tratos y aun golpes. Mas aun en esto hallan un motivo de felicidad, pues para tales séres consagrados á Dios todo se presenta al reves de lo que piensan y juzgan los hombres. Están avezadas á verlo y á juzgarlo todo segun la fe, á no atender en nada á los instintos de la naturaleza decaida; y vengan de donde quieran el sufrimiento y la abyeccion, los reciben como un placer y un beneficio.

«Ignoro en verdad si en esta sumision entra un poco de cálculo, pues lo cierto es, y ellas lo experimentan cada dia, que no hay sacrificio de su

parte que no sea recompensado ántes que cumplido.

«En Tours, en medio de los trabajos de aquella penosa fundacion, las Hermanas estuvieron un momento con solo dos jergones para dormir las tres. A consecuencia de su voto de hospitalidad, cuando se presenta un pobre en la casa y no tiene cama, una de las Hermanas da la suya y se arregla luego lo mejor que puede. Por otra parte, la cama de las Hermanas no es para muy envidiada de los pobres, pues solo se compone de un simple jergon, conforme exigen el espíritu de mortificacion y de pobreza.

«Decimos, pues, que en Tours las tres Hermanas que habian ya recogido siete mujeres, no tenian mas que dos jergones, los pusieron el uno junto al otro y esta fué la cama de las Hermanas. Pero ademas, la cama se componia de una sola sábana, de una sola. Llegó en esto una octava mujer que traia su cama, pero sin sábana. La superiora dijo entónces á sus dos compañeras: hijas mias, vamos á partir esta sábana para la pobre mujer que Dios nos envia y luego dormirémos como podamos. Dicho y hecho: dos Hermanas tienden la sábana, la tercera toma las tijeras y va á cortarla, cuando se oye llamar á la puerta. Una de las Hermanas va á abrir y se le presenta un jóven que le entrega seis pares de sábanas. Cuando la Hermana las llevó á sus com-

pañeras, las tres se prosternaron de rodillas, llorando, para dar gracias á Dios.

«Pudieran citarse mil casos acaecidos en cada una de las casas, en que se ve manifiesta la mano de la Providencia y la dulzura de Dios. Algunas veces las maravillas ofrecen otro carácter, ante el cual las Hermanas enmudecen llenas de admiracion. Se les habia dado, desde el comienzo de su fundacion de Tours, una mezquina marmita de hierro colado, apénas capaz para cocer la sopa de las Hermanas y de las ocho ó diez primeras pobres recogidas. La casa crecia sin que la marmita aumentase sus dimensiones, y sin embargo siempre bastaba: quince, veinte y hasta treinta pobres hallaron durante muchas semanas toda la sopa necesaria en esta pequeña marmita. No veo motivo para resistirse á admitir este hecho: todos los que hemos contado desde el comienzo de nuestra reseña son de la misma naturaleza: ¿es acaso mas difícil aumentar la sopa en la marmita de los pobres, que multiplicar en las manos de las Hermanas los demás recursos necesarios?

«Desde Tours, de en medio de las maravillas que acabamos de contar, debia adquirir su extension la obra de las Hermanitas. Dios permitió que contribuyese á ello para algo uno de los periódicos religiosos de Paris.[1] Al discutirse en la

1 *El Universo*, en que escribe el autor de esta reseña.

Asamblea nacional el derecho á la asistencia, anunciado en el preámbulo de la Constitucion de 1848, dicho periódico sintió algunos escrúpulos y contó lo que habia visto en Tours y lo que sucedia en San Servando, en Rennes y Dinan. No influyó, por supuesto, en las decisiones de la Asamblea, pero resultó que de los diversos puntos de Francia, se presentaron á las Hermanas unas diez postulantas.

«Como las Hermanas de Bretaña y Turena, eran por la mayor parte pobres jornaleras ó simples criadas sin dote, deseosas de amar á Dios. Habiéndose aumentado la familia, nació el deseo de probar nuevas aventuras. Se trató de fundar una casa en Paris; pensamiento que habian abrazado ardientemente algunos miembros de las conferencias de San Vicente de Paul, los cuales, como tendremos ocasion de notar, no se interesaron tan solo esta vez en lo respectivo á las Hermanitas.

«Hácia la primavera de 1849 llegaron á Paris la madre general y la madre María Luisa, que recibieron la hospitalidad de una casa de caridad tan pobre como la suya, y que tenia el mismo objeto de acoger á los ciegos, la casa de Nazareth.

«Las dos bretonas ni se asombraron ni se amedrentaron por el cargo que se habian impuesto. No conocian todavía á Paris ni se habian formado la menor idea de una ciudad tan grande; pero

fe pública, si bien es cierto que nada en su mueblaje podia tentar la codicia. Fácil es adivinar, en efecto, lo que podian ser tales muebles, debidos enteramente á la limosna. Solo pasados muchos meses hallaron una casa conveniente para abrigar y alojar á sus ancianos, y no tardaron tampoco mucho en disponer de todos los recursos necesarios para su manutencion.

«Bien puede verse cuánto costó establecer y extender la obra. Se acercaba ya el momento en que iba á adquirir un rápido y extraordinario desarrollo, sin que nadie, no obstante, pudiese preverlo.

«Hasta entónces se habia pasado sin pensar en mañana: correspondiendo á las gracias de la divina Providencia, y aun violentándola un poco, segun los preceptos de la Escritura, se habian creado, al terminar el año de 1846, tres casas que se bastaban á sí mismas, y que ocupaban á quince ó diez y seis Hermanas. Se ideó una cuarta fundacion, tratando esta vez de salir del estrecho círculo en que se habian hasta entónces encerrado, y de establecerse poco ménos que ochenta leguas léjos de San Servando.

«Visita todos los años las poblaciones marítimas un cierto número de forasteros que buscan los buenos efectos de los baños ó el de costosas distracciones; y aunque se supone que las últimas

no abundan en San Servando, no faltan algunos curiosos que traten de enterarse de las particularidades que ofrezca como estacion veraniega; entre ellos hay uno que otro capaz de interesarse vivamente por la obra de las Hermanitas.

«De esta clase se encontró en 1846 una alma como las hay todavía en Francia, consagrada en el silencio á toda especie de bien y dispuesta á abrazarlo bajo todas sus formas. La humildad, la piedad de las Hermanitas, los grandes resultados que obtenian de sus pobres, alegres y contentos todos al admirar la Divina Misericordia que les habia reservado tamaña gracia para sus últimos dias, encantaron y conmovieron esta alma piadosa de que estoy hablando. Pensando en el bien que se habia hecho, pensaba en el que podia hacerse y en los pobres que podian cuidarse, los corazones que podian convertirse y las almas que podian ganarse para Dios. Si bien las Hermanitas no podian derramarse inmediatamente por todas partes, cada cual, se decia, debe esforzarse para atraerlas á sí y proporcionar á los pobres vecinos el beneficio de su abnegacion y á la poblacion entera el de sus oraciones.

«¿Qué puede, sin embargo, una doncella sin crédito alguno y sin otro recurso que su buena voluntad? Todo, con tal que esté armada de una constancia inquebrantable, que se deje á Dios la

gloria de todas las cosas y que sepa que Él es el único que obra. A pesar de la distancia, las Hermanitas no rechazaron las proposiciones que se les hacian de pasar á Tours, no pidiendo mas que lo que habian pedido en Rennes y en Dinan, un pequeño asilo y la libertad de obrar.

«Hallóse luego un buen cristiano que se creyó muy honrado hospedando algunos dias á estas grandes servidoras de los pobres. Ignoro quién pagó su viaje; pero al llegar á Tours, en los primeros dias de Enero de 1847, les quedaban todavía algunos céntimos.

«Tomaron al principio una casita en que pudieron acoger una docena de pobres, luego otra mayor, y en fin, en Febrero de 1848 adquirieron por ochenta mil francos un vasto local con jardin y capilla, y capaz para ciento cincuenta personas. ¿Cómo se pagó todo esto? ¿Cómo se alimentaba cada dia á tanta gente? ¡Siempre el mismo prodigio! Las sobras que cada dia se recogen y las diversas limosnas bastan para todo. Lo que otros arrojarian con desprecio, se trasforma en las manos de las Hermanitas, y se convierte en un considerable recurso. En todas las casas que ahora existen y que mas adelante enumerarémos, los sedimentos del café, cuyo jugo se ha extraido, pasa á ser la base de un desayuno sumamente agradable para los pobres ancianos.

«Ningun café se niega á dar este residuo, donde la Providencia cuida de conservar, en favor de los huéspedes de las Hermanitas, un poco de esencia y de aroma; á lo que de él puede extraerse, añádese un poquito de leche, y con mendrugos recogidos en todas partes, en las casas mas diversas, en los colegios, en las pensiones y en los cuarteles, se completa el desayuno. Con tan miserables recursos se da cada dia un sabroso almuerzo á doscientos y aun á trescientos viejos en una sola poblacion. Del almuerzo sobran todavía algunos pedazos de pan para servir en la comida, pues ésta es una de las rentas mas abundantes de las Hermanitas.

«La fundacion de Tours figura entre las mas penosas que se han intentado. Por razon del corto número de Hermanas que habia todavía en el instituto, y de la distancia en que se hallaban las otras tres de Tours, éstas, que habian llegado en Enero de 1847, y que habian recogido diez y seis ó diez y ocho pobres mujeres, quedaron solas cerca de cinco meses.

«Debíase alimentar á todas estas personas, hacer levantar y vestir á las achacosas, é instruir é ilustrar las almas, conservar la alegría en todos los espíritus (porque este es tambien uno de los cuidados de las Hermanitas) y por consiguiente redoblar sus esfuerzos más de lo que permiten las

fuerzas humanas; de suerte que de las tres Hermanas que acudieron á esta fundacion, la Hermana Felícitas murió dos años despues, de resultas de las fatigas que habia pasado, y la Hermana María Luisa, la superiora del arrabal de Santiago que conoce hoy todo Paris y que no tardaron en conocer y amar Lyon y luego Marsella, jamás ha podido recobrarse enteramente, y arrastra una salud quebrantada, que no la impide servir activamente á Dios y á los pobres.

«La fatiga, es cierto, no turbaba la alegría. Salian por la mañana llevando dos grandes cubos de hoja de lata, divididos en compartimientos, en los cuales se ponian los trozos de carne, los caldos, las legumbres y las diversas sobras que se recogian en la cuestacion. En la casa se trabajaba con toda la actividad que exigia, como es fácil comprender, el servicio de tantas viejas. Su reunion presentaba el conjunto de todas las miserias imaginables; mas del seno de esta lamentable pobreza, de estas repugnantes dolencias, de los asquerosos accidentes que suelen acompañar á la vejez, salia como un rayo de dignidad, de felicidad y de contento. Las almas eran felices por ver y gustar á Dios. Las Hermanas le honraban en los pobres; los pobres le amaban y le querian en sus Hermanas, y nada tan suave y tierno como el contento de estos pobres corazones felices, tranquilos, consolados, llenos de esperanza y reconocimiento.

«Este último sentimiento era tan vivo como en los demás, en las Hermanas, que cada dia tocaban, por decirlo así, las misericordias y la bondad de Dios. A medida que se presentaban nuevas necesidades, la Providencia se apresuraba á satisfacerlas: hablamos de las necesidades urgentes é indispensables, pues nadie pensaba en lo agradable ni en lo supérfluo. Por otra parte, las Hermanas se consideraban felices con las privaciones que podian imponerse por amor de Dios, y mirar como á una dicha el *ir* como ellas dicen *á fundacion*, porque en estos casos consiguen algunas veces verse privadas de todo y sufrir algo por Dios. En tales aventuras no sienten las fatigas ni los sufrimientos: esta buena madre María Luisa, de que poco hace hablábamos, no escasea las ocasiones de poner en semejante prueba su salud quebrantada, y las demas, reducidas al mismo estado ó todavía ménos vigorosas, tampoco se toman mas pena.

«La madre general no se alarma por los quebrantos de su flaca salud, que más de una vez han puesto en peligro su vida y espantado á todas sus hijas: su primera compañera, hoy su primera asistenta, la madre María Teresa, ya incapaz de otra cosa que de sufrir y orar, y eso que

no llega á los treinta años, [1] no se cree tampoco digna de compasion: ha cumplido la voluntad de Dios y se resigna tranquilamente; ha cuidado de los viejos y se deja cuidar á su vez: ¿qué es, en efecto, lo que podria echar de ménos? La querida Hermana Felícitas, en la bienaventurada mansion en donde está sonriendo á sus compañeras y á sus pobres, ¿se arrepiente acaso de su vida empleada en tan nobles trabajos? y ¿no tienden al mismo objeto todas las Hermanitas? A este objeto á que aspiran, este fin supremo que aman ántes de haberlo gustado, que sostiene su celo y su abnegacion, las hace capaces de sufrirlo todo, de sacrificar sus gustos, su juventud, su salud y su vida, de sacrificarlos *sin provecho* á los ojos del mundo, si tal es la voluntad de Dios. Sus cuidados obtienen el apetecido resultado de parte de los pobres, pues tienen el consuelo de verles abrir sus almas á la verdad y morir realmente entre las manos de Dios. Pero no debe creerse que para obtener esta gracia no tengan que hacer mas que orar, afanarse por el alivio de los cristianos, sufrir el asco natural que producen sus dolencias y todas las privaciones inherentes á la pobreza del Instituto.

«Muchas repulsas tienen que sufrir, y si es dul-

1 Murió el 12 de Agosto de 1853, siendo la primera asistenta de la congregacion.

ce y consolador ver tantos pecadores convertidos á Dios, no debemos olvidar á qué precio se ha obtenido este resultado. Los pobres huéspedes de las Hermanitas no son extraños á las luces de la *civilizacion* y á las glorias del *progreso*, tales como muchos las entienden. Estas luces y estas glorias entran por algo en el estado de degradacion en que han caido y contribuyeron á apartar de su alma el último freno que hubiera podido contenerlos y preservarlos de asemejarse á los irracionales. Lo que estos miserables pobres presentan mas aflictivo y asqueroso, no son las llagas y los humores de su cuerpo, sino mas bien la ignorancia y las torpezas de sus almas. Pero es necesario explicarnos: de todo hay en las casas de las Hermanitas. Aquí un espíritu fuerte y un espíritu novelesco; el uno ha leído todos los filósofos del siglo XVIII y se burla de las supersticiones de la Hermana que le cuida; otro está al corriente de todas las lucubraciones de los novelistas modernos y aspira hácia el Mesías y la religion del porvenir. Un tercero, que no es el ménos amable, conoce á los poetas: cita á Racine, á La Fontaine y aun á Horacio y Virgilio; es algo loco, decidor, espíritu agudo, y tiene tanto conocimiento de Dios como el gorrion que se abriga en el techo. Otro, ménos instruido, es un adorador del sol, de los cuales hay muchos, es-